

Comunicaciones

SITIO : ENSAYO Y POLÉMICA*

ALBERTO GIORDANO**

*El intelectual que apuesta a la escritura en el ensayo es una
figura política desaparecida, pero digámoslo nuevamente,
¡quién sabe!*

Jorge Jinkis

A propósito del interés que despertaron en nosotros ciertas paradojas del proyecto de vanguardia que sostuvo, a comienzos de la década del '70, la revista *Literar*, en un trabajo anterior propusimos una distinción que volverá a servirnos como punto de partida. "Hay revistas cuya importancia se mide en términos de extensión: cantidad de años durante los cuales aparecieron, cantidad de números editados durante esos años, cantidad de efectos producidos en el transcurso de su publicación sobre los campos culturales a que pertenecen. Hay otras revistas en cambio que se nos imponen como objeto de estudio en tanto las evaluamos en términos de *intensidad*. No importa que tan corta sea su duración, que hayan aparecido unos pocos números, y que sea difícil precisar cuáles han sido sus efectos, esas revistas atraen nuestra reflexión en tanto se nos hacen presentes en ellas, formulados con una nitidez o un rigor singulares, ciertos problemas para nosotros decisivos; en tanto esas revistas, sin encontrarle necesariamente una resolución adecuada, nos ponen nuevamente en comunicación con el carácter esencialmente problemático de esos problemas."⁽¹⁾

Como *Literar*, a la que la une, más allá de las notables diferencias, cierto "aire de familia", *Sitio* (de la que sólo se publicaron, entre 1981 y 1987, seis números en cinco volúmenes, con una periodicidad decididamente errática) ha venido a convertirse en la ocasión de que volvamos a intentar formularnos, desde la perspectiva que hoy nos parece más conveniente: la perspectiva *ética*,⁽²⁾ el problema de las relaciones entre la literatura y la política. Como esta perspectiva ya no intenta apreciar a la literatura desde la política, es decir, identificar el valor de los textos literarios según las evaluaciones implicadas en

* Comunicación presentada en las Jornadas "Las revistas científicas, independientes y de divulgación", Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, octubre de 1994.

** Universidad Nacional de Rosario.

conflictos anteriores y exteriores a la existencia de esos textos, sino, tal vez, apreciar a la política desde la literatura, es decir, interpretar, desde la excentricidad de la perspectiva literaria, el juego de diferencias singulares que envuelven imperceptiblemente esos conflictos, la evidencia de que entre esos dominios heterogéneos hay relaciones directas es desplazada por una interrogación sobre la posibilidad de pensar puntos de convergencia en la que se manifieste —por la heterogeneidad entre ellos y no a su pesar— un encuentro de esos dominios que no suponga la reducción de uno a otro. A veces en forma explícita, otras sin declararlo, pero exhibiéndolo en el modo de alguna de sus lecturas, *Sitio* sostiene esa interrogación por el sentido de una política de la literatura, se aventura en la formulación de los problemas éticos que despliega la pregunta doble por el poder de la literatura y por las formas en que ella resiste a las "arrogancias" de los discursos de poder.

Las notas de lectura expuestas en este trabajo se refieren fundamentalmente a lo escrito en una de las secciones de *Sitio*, la que quienes hacían la revista llamaron "Entredichos". Los "Entredichos", presentes —con una sola excepción— en el comienzo de cada número de la revista, aparecen firmados individual o colectivamente por los miembros de la Dirección. Sustituyen al clásico "Editorial" con el que por lo general las revistas culturales y literarias se presentan a sus lectores, y en ellos *Sitio* da a conocer, precisamente, "lo que un editorial habría tachado o callado".⁽³⁾ En lugar de declarar sus principios, de argumentar las improbables razones culturales que justificarían su existencia, de acuerdo al "hábito de decir lo que se quiere decir antes de decirlo",⁽⁴⁾ los "Entredichos" apuestan, tal como su nombre lo indica, al valor de lo indirecto, de lo que se muestra sin hacerse explícito, del equívoco. Como se quiere "literaria", *Sitio* descrece de la eficacia de la comunicación —razón de ser de los "editoriales"— para propiciar, entrediciendo, los azares de "lo que se pueda leer". "Entredichos", entonces, porque allí se *entre-dice*, pero también porque son un lugar destinado a poner en entredicho a los discursos que sostienen los "intelectuales" de nuestro medio. En *Sitio* se sabe que discutir suele ser el mejor modo de plantear una cuestión, es decir, de formularla como un problema. Y para ser consecuentes con ese saber, los "Entredichos" son un ejercicio constante de polémica, una constante afirmación, por la escritura, de una "ética de las diferencias".⁽⁵⁾

Una de las posibles entradas para la reflexión sobre los vínculos entre literatura y política en *Sitio* podría realizarse constatando el interés que esta revista, que se declara "literaria", presta a cuestiones políticas que nada tienen que ver en principio con la literatura: así, por ejemplo, los efectos sobre nuestra sociedad de la guerra de Malvinas (cfr. los "Entredichos" del Nº 2), o también los efectos de la promulgación de la Ley de obediencia debida (tema excluyente del Nº 6). Si en una primera lectura puede sorprender la coexistencia —aunque no en un mismo número, en el proyecto editorial de una misma revista— de un dossier en el que se exponen y discuten diferentes traducciones de la última página del *Ulises* con la reproducción y el análisis —admirablemente minucioso— de un conjunto de textos jurídicos ligados a la ley de obediencia debida, tal vez esa coexistencia pueda parecer menos arbitraria si se tiene en cuenta que para *Sitio* la política es esencialmente, como también lo es la literatura —aunque en otro sentido—, cuestión de *invención*. Que la política sea "el arte de lo posible" —argumenta Jorge Jinkis, imprimiéndole al lugar común un desvío que lo aleja de su uso habitual para devolverlo a la racionalidad de la práctica que está en juego —no quiere decir que lo esencial consista en ella en saber acomodarse a lo ya existente, sino, por el contrario, en poder "dar existencia a lo que se demostrará

posible, es decir, inventarlo. Lo posible —continúa Jinkis— no es la limitación ni la impotencia. La política es una práctica que al dar existencia a una realidad virtual, demuestra (con todo el peso lógico del término) que era *posible*, y su eticidad reside en este poder de invención de lo posible.⁽⁶⁾ Si deseásemos continuar en esta dirección, seguramente deberíamos identificar la referencia a un punto de vista ético como la condición para que la literatura y la política converjan en *Sitio* en tanto dos artes de la invención. Pero no es por esta entrada, que queríamos de todos modos dejar señalada, por donde habremos de avanzar. Antes que en conjeturar la posibilidad de un sentido literario de la política, nos ocuparemos de demostrar por qué para *Sitio* el acto literario es, en cierto sentido, inmediatamente político.

Nos remitiremos a los "Entredichos" del N° 1. En las tres intervenciones que incluye insiste una misma afirmación: la de la literatura como una experiencia irreductible. "La literatura —escribe Jinkis— vive de la imposibilidad de responder a las demandas sociales y del disentimiento con el bien supremo de la moral de turno."⁽⁷⁾ No hay —añade Eduardo Grüner— principios ni finalidades que justifiquen su existencia. "Inventarse compromisos" literarios sería como "sumergirse en la charca de la moralina".⁽⁸⁾ "La diferencia que la literatura impone —concluye Luis Gusmán—no tiene por qué ponerse de acuerdo con ningún medio sociocultural por más que ello flote en el ambiente."⁽⁹⁾ La irreductibilidad que en *Sitio* se le reconoce a la literatura no supone la limitación de su potencia ética a los avatares de la transgresión (tradicional valor de vanguardia). El escritor no se conforma —para quienes hacen la revista— con flexibilizar los límites de las leyes culturales: desea traicionarlas inventando algo radicalmente extraño, arruinarlas imponiéndoles la evidencia de lo desconocido. Siguiendo una inspiración blanchotiana, la diferencia ética que define el sentido político de la literatura para *Sitio* es la diferencia esencial entre esta experiencia de lo desconocido y lo que llamamos "cultural". La cultura es un determinado "estado de discurso"⁽¹⁰⁾ al que se quiere —por obra de la enseñanza o de la crítica— asimilar a la literatura para determinarle un sentido y encontrarle una función. La cultura es un ejercicio del poder, una imperiosa voluntad de homogeneización y de totalización contra la que la literatura resiste haciendo "oídos sordos" a cualquier demanda social. Históricamente, las sociedades le exigen a la literatura, a través de instituciones específicas, que se limite a ser una "práctica cultural": que represente, exprese o dé testimonio de determinados valores humanos.⁽¹¹⁾ Siempre en proceso, siempre traicionando —el énfasis pertenece a Jinkis—, la literatura no sólo no responde a esas demandas sino que encuentra en su irreductibilidad —su falta de justificación, de fundamento— las condiciones para instituirse en una interrogación radical: un golpe de inquietud, una "práctica de la sacudida" —diría Barthes— que conmueve el universo de lenguaje de la cultura, en el que "las palabras han configurado territorios de fronteras cada vez más irritantes e infranqueables".⁽¹²⁾

Para *Sitio* la literatura es política, antes que en su circulación, en su origen. En este sentido, el valor político de la literatura no tiene que ver con su adscripción a alguna causa justa sino con que en ella ocurra una afirmación ética que interroga, es decir, *cuestiona*, todo poder establecido, todo aquello que se establece culturalmente por esa "acción rectora generalizada" (otra vez Barthes) en que consiste el ejercicio de la lengua (que es, como lo recuerda Grüner, el objeto de traición por excelencia de la literatura).⁽¹³⁾

Si la crítica (ya sea la periodística, que distribuye méritos y faltas según las morales de turno, o la universitaria, que busca cada vez en un nuevo modelo de cientificidad el

respaldo para su in-diferencia) juega, como un arma de reducción, a favor de la cultura, *Sitio* encuentra en el *ensayo* —que especifica "literario", es decir, ensayo de lectura— la práctica justa para que la interrogación de la literatura, según otros medios de invención, se sostenga, para que su poder de cuestionamiento se reactive.

El ensayo (al que dedica los "Entredichos" y el dossier del Nº 4/5) es para *Sitio* menos un género crítico más pertinente que otros que una perspectiva ética para situarse y situar al medio intelectual en el que viene a decir su diferencia. Si en mayo de 1985 *Sitio* evalúa una "decadencia del ensayo argentino", lo hace a la vez para interpretar esa decadencia como un síntoma del dominio de los valores "liberales" en el discurso de la crítica literaria de nuestro país y para inventarse una tradición. A la vez que llama la atención sobre la preponderancia que ha cobrado en nuestro medio la figura del "profesional" académico, que no escribe sino que reproduce los estereotipos de los saberes de moda y que cambia de lugar teórico o ideológico tantas veces como lo necesite, apelando al salvoconducto de la "autocrítica", pero sin someter en verdad a crítica a aquel lugar en el que supuestamente estaba; a la vez que denuncia cómo esta figura ha venido a sustituir a la del ensayista,⁽¹⁴⁾ *Sitio* encuentra —o mejor dicho, se da— su lugar en el interior de una serie que va de Sarmiento a Masotta, pasando por Borges, Martínez Estrada y Viñas. Como a ellos, a los ensayistas de *Sitio* los anima la convicción de que "la escritura es un campo de batalla" en el que las cuestiones de dirimen a golpes de estilo (esa pasión irreductible "de y en la palabra").⁽¹⁵⁾

Los "profesionales" de cualquier signo se reconocen en el culto a lo "novedoso" (la ficcionalización de la crítica, por dar un ejemplo todavía vigente, "reciente invento —ironiza *Sitio*— de un viejo descubrimiento"). El ensayista, demasiado atento a sus convicciones como para abandonarse a esa mundanización del pensamiento, se convierte en tal en el encuentro con lo que se da a destiempo, en ese acontecimiento al que llamamos lectura en el que un texto olvidado (o lo olvidado de un texto) irrumpe como actual.⁽¹⁶⁾ Hay en *Sitio* una vindicación constante del *anacronismo* y hay, entre los muchos ejemplos que podríamos dar de ella,⁽¹⁷⁾ uno eminente (porque se trata, para nosotros, de uno de los mejores ensayos publicados en la revista): "Sartre, un idiota sin familia", de Eduardo Grüner. Si dispusiésemos del tiempo necesario, valdría la pena detenerse en el estilo de este ensayo, en el modo en que Grüner se apropia de Sartre encontrándose con uno de sus textos menos conocidos (no leído, antes que olvidado): *El idiota de la familia*. Sartre es para Grüner el nombre de una perspectiva ética, porque es, sobre todo, el nombre de un ensayista: un "autor de hipótesis (que) arriesga, explora, y no se impide el encuentro con lo que no buscaba", el autor de un "discurso inestable, nómada, que hace circular conjeturas antes que modelos".⁽¹⁸⁾ A Grüner le interesa de Sartre lo que los críticos desdeñan: que es inaprovechable, inaplicable, que hay en sus textos demasiado sentido, como para que puedan ser apreciados desde "la sofisticación de la seducción vanguardista", y demasiada literatura, como para que puedan tolerarlos quienes practican "el estoicismo de buscar, en la literatura, la sociedad".⁽¹⁹⁾ Lo dicho: la perspectiva del ensayo permite situar (a nuestro "campo intelectual" dominado por dos tendencias críticas antagónicas pero complementarias: el "vanguardismo" y la "crítica sociológica") y situarse (a distancia de cualquier dogmatismo tanto como del relativismo post-moderno, en el interior de una búsqueda ética para la que "una lúcida desesperanza con respecto a la verdad no puede ser coartada para la renuncia, para la cobardía intelectual").⁽²⁰⁾

Contra el pluralismo "liberal" que anima a tantos de nuestros intelectuales "progresistas", en mayo de 1985 *Sitio* reivindica al ensayo como "una práctica polémica de afirmación de un saber provisional, hipotético, pero siempre desafiante de los discursos —hegemónicos o no— que lo rodean".⁽²¹⁾ Como no hay ensayo sin desafío, cualquiera sea su tono, sin que despliegue o esboce una estrategia polémica, no hay ensayista que no sea, por obra de su escritura, un "hombre político" —en el sentido preciso que da *Sitio* a esta palabra: un "interpelador de la polis"—. La polémica, que no se reduce a "mostrarse en contra", a exhibir opiniones adversas a las de otros, es un arte político por excelencia, una laboriosa estrategia de lectura que —según precisa Jinkis en una nota sobre Masotta— consiste en dos momentos: "Primero descubrir el 'error' en el otro, y después, como ese error sólo puede serlo en relación a una teoría, construir la teoría que ese error supone y que muy regularmente es inadvertida para el propio autor".⁽²²⁾ Tal como lo señalamos en otro lugar, la polémica no apunta a dictarle al otro lo que debió decir sino en evidenciar lo que sin saber ha dicho y las razones entredichas de esa enunciación.⁽²³⁾

También en este punto los ejemplos para dar se multiplican, pero también haremos valer aquí nuestras preferencias. En el N° 3 de *Sitio* (de fines del '83), dada la densidad y la intensidad de lo que se discute, los "Entredichos" se desplazan del comienzo al centro de la revista y en ese movimiento se transforman en un "Suplemento": "Del exilio", que reúne ocho intervenciones. Por el modo en que responde a la exigencia de ser a un tiempo sutil y riguroso en el desmontaje crítico, porque funda la posibilidad de la crítica en el ejercicio de una lectura puntual que no sacrifica las particularidades ni los matices, "La Argentina, tango-canción" de Jinkis vale para nosotros como un "modelo" de lo que debe entenderse por ensayo polémico.

Jinkis hace frente a una serie de opiniones sobre el valor político del exilio durante la última Dictadura militar, enunciadas por distintos intelectuales y escritores (Benedetti, Rozichner, Gregorich, Sebrel, Viñas) en diversas publicaciones de "nuestro medio" (*Humor*, *El Porteño*, el suplemento cultural de *Clarín*) y en el célebre número doble que *Les Temps Modernes* dedicó a la situación política argentina. Antes de discutir cada una de estas opiniones en particular —lo que luego, cuando aparezcan situadas, no se privará de hacer— Jinkis las interpreta como efectuaciones de un acontecimiento singular: la aparición en nuestro "campo intelectual" de un discurso, que no es teórico, que sólo existe en "estado de opinión": el discurso del exilio. Este discurso, que busca la reivindicación del exilio, su elevación a valor en sí, se presenta, según lo advierte Jinkis, de un modo singular: como pidiendo disculpas, como un discurso de "autocrítica", y es precisamente en la ambigüedad esencial del gesto de "autocrítica" en donde Jinkis evalúa el error constitutivo —por desconocido para sí— de este discurso: hacer de la culpa ("metáfora irresponsable de la responsabilidad política")⁽²⁴⁾ su origen y su alimento. Todas las opiniones que el funcionamiento de este discurso individualiza coinciden en apreciar los errores políticos cometidos en el pasado como errores afectivos, producto de ilusiones decepcionadas. En la elección ética que este discurso hace —sin saber— por el lenguaje de la psicología de los moralistas del siglo XIX (para quienes la responsabilidad coincide con los límites de la conciencia) sitúa Jinkis la teoría que sus errores suponen. El discurso del exilio es fundamentalmente reactivo, es un discurso de la expiación, la denuncia y el reproche. Por eso no es un discurso político, porque éste "siempre da una interpretación, y esta interpretación es un acto que impone una decisión sobre el cálculo de una conjetura".⁽²⁵⁾ El discurso del exilio no interpreta nada,

es un discurso de la asunción de los errores cometidos y de su justificación (en esto consiste la "autocrítica"): la respuesta que dan por anticipado quienes se sienten en falta. Pero si bien no es en sí mismo político, este discurso vale —según la interpretación política del ensayo de Jinkis— como un *síntoma* de la presencia y de la potencia de un discurso "liberal-progresista" en el campo cultural argentino. Un discurso de poder que rodea, para ahogarla, la tentativa de cualquier ensayo, la afirmación de cualquier diferencia irreductible, que no valga, que no se deje usar como complemento de otra cosa. Es el discurso de la mala fe de algunos que se anuncian declarando sus buenas intenciones: un discurso autoritario que cuando llama a la unidad y al olvido de las diferencias (en nombre de algún supuesto bien común indiscutible para quienes se quieren progresistas) olvida que ese llamado se enuncia desde un discurso que es ya un término de esa diferencia.

Para recordar la trama de conflictos políticos irresueltos que intentan silenciar los acuerdos en nombre del Bien común, y, sobre todo, para afirmar que hay diferencias nómades inarticulables en conflictos, recorridos singulares en los que se anonada cualquier voluntad de unidad y por los que, inventándose en la marcha, avanza el pensamiento, *Sitio* nos propone retomar la mejor tradición crítica argentina: la de la polémica, la del ensayo.

NOTAS

(1) Análía Capdevila y Alberto Giordano: "Al pie de la letra (Literal: una revista de vanguardia)", en *Revista de Letras*, Nº 3, Fac. de Humanidades y Artes, U.N.R., 1994; pág. 37.

(2) Tomamos el término "ética", en su diferencia con "moral", de la filosofía de Baruj Spinoza tal como nos fue transmitida por los trabajos de Gilles Deleuze (*Spinoza y el problema de la expresión y Spinoza: filosofía práctica*). Para una transposición de la diferencia entre una "perspectiva ética" y una "perspectiva moral" al estudio de las relaciones entre literatura y política: cfr. los trabajos del Grupo de Estudios de Teoría Literaria de la Facultad de Humanidades y Artes de la U.N.R. (en particular: Sergio Cueto: "Notas para una política de la literatura" y Alberto Giordano: "Literatura y poder según Roland Barthes (Primera Parte)", en *Boletín/3*, Rosario, setiembre de 1993).

(3) "Entredichos", *Sitio*, Nº 1, diciembre de 1981, pág. 3.

(4) *Idem*.

(5) "Entredichos", *Sitio*, Nº 4/5, mayo 1985, pág. 5.

(6) Jorge Jinkis: "Inventar lo posible", en *Sitio*, Nº 6, noviembre de 1987, pág. 46.

(7) "Entredichos", *Sitio*, Nº 1, ed. cit., pág. 5.

(8) *Ibidem*.

(9) *Idem*, pág. 7.

(10) Jorge Jinkis, "Entredichos", *Sitio*, Nº 1, ed. cit.; pág. 4.

(11) En dos ocasiones, bajo la presión moral que ejercen dos acontecimientos históricos catastróficos, *Sitio* misma se hace eco de esa demanda. Frente a la guerra y la posterior derrota de Malvinas, en los "Entredichos" del Nº 2, *Sitio* se pregunta por el "cambio de sentido que le cabría a la literatura" en un país en guerra como el nuestro; da por sentado que la sociedad en guerra pasó a ser "un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta" y conjetura cuál podría ser, en tal circunstancia, la "nueva eficacia" que le correspondería a la literatura. Del mismo modo, en los "Entredichos" del Nº 6, conmovida por la aberrante promulgación de la Ley de Obediencia Debida, *Sitio* afirma —para justificar su ausencia en ese número— que "la literatura —la que nos interesa— no ha tenido tiempo aún de replantearse su

sentido en una sociedad cuyo sistema de valores ha quedado trastocado por la sanción de esa Ley, y que otro tanto le ha ocurrido a las demás "prácticas culturales"; y más adelante, para reconocer su especificidad en el interior de las "prácticas culturales" (de las que no se duda, en esta ocasión, de que forma parte), *Sitio* se siente impulsada a aclarar que la "Literatura, cualquiera sea la *estética* que adopte es, o tiene que quererlo ser, productora de *efectos*, de cambios en las conciencias, cambios que, de alguna u otra manera, antes o después, se transforman en *conductas*". Si recordamos estos desplazamientos desde una perspectiva ética (que afirma la irreductibilidad de la literatura) hacia una perspectiva moral (que incluye a la literatura dentro de la cultura, asignándole de esa forma un sentido), no es sólo para evidenciar la heterogeneidad del discurso de *Sitio*, sino fundamentalmente para demostrar lo difícil que resulta, aún para los espíritus más lúcidos, sostener el valor de lo irreductible, permanecer indiferente a las presiones de la Moral.

(12) Jorge Jinkis, "Entredichos", *Sitio*, Nº 1, ed. cit.; pág. 4.

(13) Cfr. "Entredichos", *Sitio*, Nº 1, ed. cit.; pág. 6.

(14) Es particularmente interesante, en este sentido, la interpretación que ensaya Luis Gusmán en "La ley de obediencia debida no es 'reserva textual'" (en *Sitio*, Nº 6, noviembre de 1987) de lo que ha ocurrido en nuestro campo intelectual, a partir del advenimiento de la democracia, con el análisis político. Este ha quedado —según Gusmán— casi exclusivamente en manos de tecnócratas que transformaron el "campo político" en "corpus político", que redujeron la heteróclita realidad de la llamada "práctica política" al funcionamiento argumentativo de un discurso específico, al enfrentamiento retórico entre adversarios discursivos que —según ellos dictaminan— debe ser estudiado científicamente, apelando a la Semiología y a la Teoría de la argumentación, saberes de moda, si los hay. "El análisis político —evalúa Gusmán— ha cedido su argumentación, su especificidad, a las ciencias llamadas sociales, transformándose en puro aparato tecnocrático, neutralizando con ello las consecuencias de su acción política." La cómoda superstición de la "cientificidad" ha venido a sustituir a la peligrosa "convicción" del ensayista político, que pensaba a la argumentación no como un objeto de estudio sino como un arma para intervenir en los conflictos que inquietaban a su sociedad.

(15) "Entredichos", *Sitio* Nº 4/5, ed. cit., pág. 6.

(16) "Destiempo" es el nombre de una sección presente, menos en el último, en todos los números de *Sitio*. En el "copete" que presenta a esta sección en el Nº 2 (ed. cit.; pág. 80), leemos: "La actualidad es el acontecimiento del tiempo... (...) Lo actual es a destiempo, la irrupción del tiempo en el espacio presente".

(17) Ocuparse de Wilcock pese a (es decir, por) "su repercusión casi nula en 'nuestro espacio literario'" (Cfr. Luis Chitarroni: "La nieve y su reflejo: un negativo del mundo", en *Sitio*, Nº 3, ed. cit.; pág. 11); o bien detenerse en el comentario de un cuento de Santiago Dabove que "pertenece a esa tradición silenciosa que las antologías repiten u omiten con la misma modesta eficacia" (Cfr. Luis Chitarroni: "Santiago Dabove, escribir la muerte", en *Sitio*, Nº 4/5, ed. cit.; pág. 100).

(18) En "Sartre, un idiota sin familia", *Sitio* Nº 4/5, ed. cit.; pág. 89.

(19) *Idem*, pág. 88.

(20) *Idem*, pág. 93.

(21) "Entredichos", *Sitio*, Nº 4/5, ed. cit.; pág. 6.

(22) Jorge Jinkis, "El psicoanálisis, punto de llegada", en *Tiempo Argentino*, 25/11/1984.

(23) Cfr. Alberto Giordano, "Elogio de la polémica", en *Modos del ensayo*, Beatriz Viterbo, 1991.

(24) Jorge Jinkis, "La Argentina, tango-canción", ed. cit.

(25) *Idem*, pág. 40.